

PREGÓN de la SEMANA SANTA de Palma del Río
21 de marzo de 2026, Año del Señor

“Qué luz más brillante, qué paz más grande... ¿Ves la claridad que entra? Ya estamos llegando a casa, qué tranquilidad.

¿Lo oyes?

¡Niña, dame la mano, que voy a rezar el rosario!

Pon la radio, que empieza la Misa” comentaba balbuceando postrada en la camilla de la ambulancia de regreso a casa... Al pasar por la ermita de Belén, su sobrina le coge la mano débil e inmóvil para que se pueda santiguar. Sus últimos suspiros, su final se podía palpar. Cuando uno sabe que le llega la hora y a todos nos llegará.

Estuvo ingresada varios días en el hospital. Allí, entre susurros apagados, su cuerpo luchaba por volver a casa, por volver al calor de lo cotidiano. Y volvió. Volvió a su cama, a su habitación llena de recuerdos, de fotos, de olores que la acompañaban desde la niñez.

¿Estás tranquila, madrina? ¿Sientes algún dolor?

Apenas sin responder, y tocando con la palma de su mano la cama, una vez ya en su dormitorio, plácidamente notó un sosegado silencio, que invadió la habitación.

Serenidad, quietud, calma... Poco a poco se desvanece la respiración, rodeada de familiares, vecinos de la calle Ancha.

Pero aquella noche fue distinta. En su rostro, tranquilo y sereno, se dibujó una paz que no conocía antes. Cerró los ojos, y en esa quietud vio una luz preciosa, como un amanecer dorado que la invitaba a seguir adelante. No estaba sola: a su lado, su sobrina, con la suave mano, le apretaba la suya con ternura, sin miedo, sin prisa. Ese pequeño gesto, era un puente entre la tierra y el cielo.

Y así, con esa luz y esa mano cogida, ella se fue plácidamente. Como quien se despide de un sueño dulce, confiada y en paz.

Esta historia rememora, queridos amigos, que la Semana Santa no es solo el recuerdo de una pasión lejana, sino la certeza viva de que la luz de Cristo vence a toda oscuridad. Que en cada despedida hay un reencuentro, y en cada adiós, la promesa de un “hasta luego” eterno.

¿Quién no ha tenido una experiencia, que le haya cambiado el corazón?, con la pérdida de un ser querido, todos hemos sentido dolor, cada uno a su manera, a veces sin ayuda ni comprensión.

Pero la muerte... no es el final.

"No es el Final, es el Comienzo"

Calla la tierra su canto,
la tarde se tiñe en luto,
el cielo, en sombra y quebranto,
guarda un silencio absoluto.

Un madero alza el dolor,
una cruz sostiene al Cordero,
y en su sangre, rojo amor,
se redime el mundo entero.

Pasan las horas del duelo,
se hiela el aire en el monte,
más aún en lo negro del velo,
se vislumbra el horizonte.

Porque no acaba en la muerte
la historia del Salvador,
su tumba no es clausura inerte:
es promesa, es resplandor.

¡Oh noche que vio la Gloria!
¡Oh piedra que ya no cierra!
El sepulcro canta victoria,
resucita el que venció la guerra.

Cristo vive, luz eterna,
vida nueva nos ha dado,
y la muerte, puerta tierna,
lleva al Padre, al Bien amado.

Semana Santa no llora en vano,
no termina en Viernes Santo,
pues quien pone su fe en Su mano
Vivirá después del llanto.

SALUDAS

Rvdo. Sr. D. Francisco Gámez Otero, Consiliario del Consejo Gral. de HH y CC de Palma del Río. Rvdo. Sr. D. Fernando Luján, Párroco de San Francisco y sacerdotes que nos acompañan en este acto, mis queridos padres Gabriel e Ildefonso, hermanas religiosas.

Muy ilustre Sr. D. Marcelino Manzano Vilches, canónigo y capellán real de la S. M. y P. Iglesia Catedral de Sevilla, y delegado de HH y CC de la Archidiócesis de Sevilla:

Sus palabras, que nacen de la generosidad y del afecto sincero han trazado un retrato que me sobrepasa. Que haya sido mi presentador, es para mí, un honor inmenso y una responsabilidad aún mayor, en la esperanza de estar a la altura del cariño recibido.

Gracias por su cercanía, por su ejemplo constante y su servicio entregado a la Iglesia y a nuestras hermandades. Que el Señor, en estos días santos que nos disponemos a vivir, le conceda abundantes frutos por el bien que siembra.

Recibe mi gratitud emocionada y el abrazo fraterno de todos nosotros, quienes hoy nos sentimos dichosamente acompañados.

Señora alcaldesa, querida Mati y representantes del Excmo. Ayuntamiento de Palma del Río.

Sr. Presidente del Consejo de Hermandades y Cofradías, D. José Antonio Barrasa. Hermanos mayores, juntas de gobierno, cofrades todos.

Permítanme, que exprese mi agradecimiento a la Junta de Gobierno de mi hermandad del Cristo de la Salud, que han confiado en mí para que pase a formar parte de la nómina de literatos, clérigos, historiadores, y enamorados de Palma del Río, que acertaron a glosar la Semana Mayor de esta bendita ciudad. Mención especial a la hermandad del Santo Entierro, que también quiso proponerme hace unos años, pero por cuestiones laborales tuve que declinar. Como suele decir nuestro concejal de Tradiciones Populares, “el Señor dispone en todo momento y en todo lugar”, mi querido Martín.

Al Ilmo. Sr. D. Francisco José Ortiz Bernal, Deán de la Catedral de Sevilla, que hizo posible que alguien como yo tomara tan importante decisión. Así como a D. Antonio Rodríguez Babío, delegado de patrimonio cultural de la Archidiócesis y capitular, así como capellán real. Estoy inmensamente agradecida por la confianza que deposita en mí para cumplir mis obligaciones.

Deseo igualmente expresar mi reconocimiento a todos ustedes; familiares y amigos, que habéis querido acompañarme en este precioso acto. De manera especial a los que se han desplazado desde Sevilla y comarca, a mis

compañeros, a la Hermandad de Ntra. Sra. De Villadiego, que en mayo será coronada canónicamente, y la Hdad. De Ntra. Sra. De la Salud de Posadas, aquí representada. Estoy enormemente agradecida.

Felicito al pregonero juvenil, querido Antonio José Sánchez Martín. Anoche nos mostró su inmensa Fe y su fervor, analizando su vinculación a nuestras hermandades y poniendo de manifiesto su devoción de manera exquisita. Gracias por recordarnos, que la fe también se renueva cuando alguien la anuncia con ilusión y verdad, al igual que hiciera mi querida Mari Carmen Martín, su madre. Cuánta semejanza y sintonía... pues no es casualidad esta alegría.

Hermanos todos en Cristo y en el amor a nuestra Semana Santa.

En estos días nos disponemos, una vez más, a conmemorar los momentos más profundos de nuestra fe, preparando el corazón para adentrarnos de nuevo en la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo: misterio que sostiene nuestra esperanza y otorga pleno sentido a nuestra existencia.

Que este preludio sea como una aldaba que llama suavemente a lo más recóndito de cada uno de nosotros, invitándonos a detener el paso y a abrirnos al Misterio que, año tras año, vuelve a transformarlo todo.

De esa manera, esta bendita ciudad que la belleza reclama, va bordando un manto de esperanza que abre paso a la palabra que anuncia y celebra: el pregón que nos guía hacia la esencia viva de la Semana Santa. Y si hay algo que verdaderamente da sentido al inicio de estos días, es la familia. Porque es en el hogar donde comienza todo: donde aprendemos a mirar a Cristo, donde aprendemos a guardar silencio, donde sentimos, por primera vez, que la fe se transmite... no se impone.

La Semana Santa en Palma del Río no se hereda con palabras, son vivencias, es tradición. Y así, generación tras generación, se va tejiendo el alma de nuestras cofradías. Porque en esta tierra no solo se nace cofrade... se crece cofrade, se vive cofrade al abrigo del amor de quienes nos lo han dado todo: su tiempo, su ejemplo, su fe.

Tradición viva. Memoria que no se olvida. Amor y emoción. Es tiempo de belleza que habla al corazón. Belleza que no surge por casualidad, ni es solo apariencia, sino fruto del trabajo silencioso y entregado de muchos hermanos.

Cada color elegido con intención, cada flor colocada con esmero, para que el mensaje de la Pasión, Muerte y Resurrección se haga aún más visible. Quienes velan porque todo se desarrolle con la solemnidad que merece.

Porque cuidar la estética y la organización no es solo una tarea: es oración hecha acción, es amor convertido en gesto, es fe que se transforma en servicio.

En este contexto, en el cuarto domingo de Cuaresma se abre el cortejo de la Hermandad de la Agonía y avanza por las calles; el silencio se hace plegaria y el tiempo parece suspenderse ante Cristo en la hora suprema, entregado en la cruz. Su salida procesional constituye un testimonio de fe serena y profunda, reflejo de un pueblo que contempla la Agonía del Señor con respeto, recogimiento y una devoción heredada.

Y en ese caminar, amanece el domingo de Ramos, Jerusalén se despierta al rumor de una multitud que abre sus puertas al Rey que llega humilde, montado en un asno como había sido anunciado:

“¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”.

Así comienza la Semana Mayor, cuando las palmas se alzan al cielo y los corazones se preparan para el misterio de la Pasión, la juventud es nuestra esperanza, y su alegría es semilla de resurrección.

Cuando recordamos la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, rodeado de niños y jóvenes que lo aclamaban con júbilo, observamos el mismo espíritu de gozo cristiano donde la comunidad salesiana de San Juan Bosco supo ver un camino: transmitiendo no solo conocimiento, sino amor, fe y alegría.

Él, como apóstol de los tiempos modernos, enseñó que para educar hay que amar, y que para amar verdaderamente hay que hacer felices a los demás. Su ejemplo mostró, que quien vive la fe con alegría se convierte en antorcha y testimonio vivo que contagia esperanza en un mundo que a veces, se arrastra en el desánimo.

¡Jóvenes, sed alegres, valientes y generosos,
centinelas de esperanza, firmes y luminosos!

¡Jóvenes para ser luz en el mundo y vida para la Iglesia,
antorcha que nunca muere, fe que nada doblega!

¡Costaleros de la Borriquita!
Vosotros, que alzáis a Jesús victorioso

por Palma del Río entera,
Rey humilde y poderoso,
Dios cercano, luz primera
sobre el pueblo fervoroso.

Y volvemos la vista
hacia la Madre que nos llama,
la Estrella que nunca se apaga,
claridad de nuestra alma.

Ahí va mi vecina Ana,
con fe serena y sencilla,
costalera de la Virgen,
flor de gracia que la auxilia;
lleva en sus manos el cielo,
lleva en su andar la semilla
de esa Estrella que nos guía
con ternura, ¡portando su maravilla!

Capataz que sabe de arte,
porque el arte también siente,
que aprendió en Sevilla el pulso
de lo bello y lo valiente.

Por eso anda así la Virgen,
por eso mece la Estrella,
porque tu voz es plegaria
que al compás todo lo sella;
tu martillo marca el cielo,
tu llamada nos desvela,
y en cada golpe resuena
una fe que nos consuela.

Que avance el Domingo glorioso,
que no se cierre el camino,
Que el Lunes Santo nos llama...
¡y hoy comienza lo divino!

(Marcha: Estrella Sublime)

Con el martillo en alto y el tiempo medido, en Betania, una mujer rompe un frasco de perfume y unge los pies de Jesús. El aroma inunda toda la casa, y el Maestro revela el sentido profundo de aquel gesto:
“Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura”

Es el perfume del amor que anticipa la entrega. //
Cada Lunes Santo, cuando la noche se hace silencio, el rezo se vuelve camino. Desde la parroquia de San Francisco hasta la Asunción, la estación de penitencia se convierte en un Vía Crucis vivo, meditado, para postrarse ante el Sagrario.

Portado a hombros por los propios hermanos penitentes, este cortejo invita a Palma del Río a acompañar a Cristo en su Pasión, a caminar con Él en su sacrificio y en su sed de redención.

Porque cuando el Cristo de las Aguas sale cada Lunes Santo, sin estridencias ni alardes, la Pasión deja de leerse y comienza a andarse.

Su hermandad nos recuerda que seguir a Cristo es hacerlo paso a paso, estación tras estación, en silencio franciscano y oración compartida. Así, el Vía Crucis se hace calle, y nuestro pueblo camina con el Señor que calma nuestra sed más profunda.

Pero nuestro acompañamiento no comienza en el Calvario.

No empieza cuando sufrimos o cuando lo buscamos. Comienza mucho antes: desde antes de nacer, cuando ya éramos pensados y amados por Dios.

Porque hay historias que surgen... con los primeros latidos del corazón.

Es el testimonio de una criatura que, sin haber nacido, ya tenía un sitio reservado.

Todo comenzó, como brotan tantas cosas hermosas: de una promesa sencilla, tejida entre amigos, entre familia.

Hubo un hermano mayor, Manolo Lopera, que, al conocer el embarazo de los primeros recién casados de la pandilla de sus hijos, lo dijo sin pensarlo dos veces:

“Si nace niña, la apuntamos en la mía; y si es niño, que lo apunten en la de su padre.”

Y como si el destino se hubiese escrito, así quedó dicho en aquel negocio familiar.

Con tinta invisible, esta criatura ya estaba inscrita en el libro sagrado de la fe popular. Cofrade antes de nacer.

Llegó al mundo una niña.

Y fue, como se había prometido, hermana de aquella cofradía.

Y con apenas un año de vida ya la acompañaba en su estación de penitencia. Año tras año salía de casa con el corazón acelerado, prendido de la mano de su tía Rafi, que es también su segunda madre. Y en cada paso junto al estandarte de Nuestro Padre Jesús Cautivo, la miraba con admiración callada, como si al alzar aquel símbolo que bordara su jovencísima madre, llevara consigo no solo una insignia... sino la fe heredada de toda una familia. Como atestigua que le pasara el relevo a ella y que ahora, lo lleven sus primos, Manuel y Luis.

A esa niña tan pequeña no le importaba que los pies se le cansaran. Lo que le importaba era estar ahí, formando parte de algo que no entendía del todo, pero que ya le llenaba el alma.

Y cada Semana Santa era más que una tradición: era una historia de amor que venía desde el vientre. Una historia que hablaba de promesas que se cumplen, de fe que se hereda, de raíces que se hunden en lo más hondo del alma.

La música le hablaba. El silencio le enseñaba. El andar de los costaleros y ese olor a incienso... ¡Todo era vida!

Creció, y en su andar le acompañaba aquella familia del bar de los novios; Conchi, Carmela, Manolo, Chico y Ana, Díaz, Aurora, Lola, Manoli... y tantos más... Y con ella y su tía, también crecía su amor por la cofradía. Ya no necesitaba ir de la mano, conocía el camino. Pero en su interior, seguía siendo aquella niña pequeña que caminaba con paso firme bajo el antifaz y, en ocasiones, portando una insignia que se disputaba, año tras año, con su amigo Eloy Viro o con Antonio Romero, quiénes llevarían el SPOR.

Y hoy día, le sigue acompañando aquella promesa de su hermano mayor: Que incluso antes de ser vista, ya era esperada por una hermandad. Que incluso antes de respirar... ya era cofrade.

Porque hay devociones que no se eligen. Hay devociones que nos eligen a nosotros.

...

Había una cámara en la casa de aquella niña que, cuando se acercaba la Cuaresma, se convertía en un pequeño taller de amor. Allí, entre hilos de plata y oro, telas, cordoncillos y bastidores, una madre bordaría los estandartes de nuestras hermandades.

Y ahí, sentada cerquita de ella con su cuaderno de dibujos, coloreaba imágenes preciosas que, en su inocencia, trataba de imitar, sin saber, que lo que realmente estaba aprendiendo era a amar nuestra Semana Santa a través de sus manos. También era punto de encuentro de sus amigas desde la infancia, junto a las que iba escribiendo las páginas de su diario.

En su adolescencia, los amigos llegaban a esa casa, curiosos. No era habitual ver cómo nacía un estandarte. Entre ellos, el padre Ildfonso, siendo un muchacho, junto a Manuel Jacob Quero, José Antonio Caro Flores y el más pequeño Javier Ruiz, que se acercaban con respeto y admiración. Y ella, les iba explicando lo que representaba cada figura, o cuánto tiempo le llevaba completar solo una flor. Pero lo que nunca decía —porque no hacía falta— era cuánto amor ponía en cada puntada.

Por eso, hoy, desde este atril, permítanme que le dedique este momento;

A la mujer que, sin figurar en ninguna procesión, fue siempre portadora de mi fe.

La que me enseñó, que la belleza está en los detalles, y que la devoción, unas veces se borda en silencio y otras se proclama con voz firme y sincera, como ella misma hiciera desde este mismo atril.

A quien me inculcó, que, si se quiere, se puede;

que con esfuerzo y tesón todo se alcanza;

que la vida es un aprendizaje constante

y hay que luchar por uno mismo, venciendo dudas y desconfianzas.

Y que, cuando lleguen las adversidades,

debemos ponernos en las manos del Señor con esperanza...

y confiar siempre en Él, porque la fe nunca se cansa.

¡Madre mía de mi alma! Fíjate si eres artista, que este pregón también lleva tus puntadas.

En la penumbra sagrada del cenáculo, cuando el pan se parte y el silencio pesa, la voz de Jesús tiembla sobre la mesa compartida:

“Uno de vosotros me va a entregar”.

No es solo un anuncio, es una herida abierta. El Maestro conoce el corazón de los suyos, ¡conoce el de cada uno de nosotros!

Allí está Pedro, impulsivo, apasionado, convencido de su fidelidad. Jura permanecer, promete no fallar. Pero Jesús, con mirada de misericordia y verdad, desvela la fragilidad humana:

“No cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces”.

Así comienza la Pasión.

El Señor avanza hacia la cruz rodeado de miedo, de traiciones. Camina solo entre los suyos, incomprendido, abandonado... y aun así no se detiene.

Cada Martes Santo, cuando asoma por las calles —sereno, Cautivo de amor—, creemos llevarlo sobre nuestras andas... y, sin embargo, es Él quien nos sostiene por dentro. Porque no se trata de cargar su peso, sino de permitir que su mirada nos transforme el alma.

Así lo quiso José Antonio Páez, con su amor por este legado que hoy abraza a tantas familias, con la sonrisa limpia de entonces, como quien reconoce que la obra continúa latiendo en cada gesto.

No se trata solo de llevarlo con dignidad, sino de comprender, que al alzarlo sobre nuestros hombros es Él quien eleva nuestra alma; que mientras nuestras manos sostienen su peso, es su gracia la que verdaderamente nos sostiene.

Así lo vive la cuadrilla de Domenech, año tras año, con la fidelidad de quien sabe que en cada levantá se renueva la fe.

Delante va la cruz de guía, marcando el rumbo. Detrás, Nuestra Señora de Palma y Esperanza, con su ternura, belleza y consuelo, y abriendo el tramo va Ceballos, llevando su guion imperecedero.

Y en ese tramo intermedio, con su cirio en alto y rostro cubierto, hermano nazareno, caminas en silencio.

Porque bajo el antifaz se ve todo. Se siente todo.

Ve la calle que se abre como un Evangelio vivo.

Ve los balcones exornados con sus colgaduras, las miradas con lágrimas, las velas que titilan con el viento.

Así avanza el cortejo.

El hermano nazareno, en su tramo intermedio, descubre que no hace falta estar delante ni detrás para vivirlo todo.

Porque bajo el antifaz se reza, se llora, se sueña y se ama.

Nuestro Padre va cautivo,
Pero en sus manos va la Paz;
no hay ataduras que lo apaguen,
ni dolor, ¡que lo tendrá!
Camina lento y sereno
entre sombras y oscuridad,
y Palma entera lo sigue
como faro de verdad.

Y detrás, cual flor de cielo,
bajo palio de emoción,
va María de Esperanza,
va la Palma del perdón.
Verde oliva en su mirada,
verde vida en su dolor,
lleva consigo la promesa
del domingo redentor.

Que tu Hermandad te aclama,
que tus manos son altar,
y en cada paso del Huerto
Palma vuelve a despertar.
¡Semana Santa bendita,
con dolor, cruz y oración,
Palma del Río proclama:
la muerte no es el final,
¡es el paso hacia el Amor!

La Pasión avanza entre tinieblas, y unidas a los nazarenos que acompañan sus pasos procesionales, hay tantas historias que no se ven a simple vista...

Ahí va él, el padre.

Sereno y firme, sosteniendo el estandarte del Cristo de la Salud que bordara su mujer y que él lleva entre sus manos, curtidas desde la juventud; manos que han aprendido el peso del trabajo y la hondura de la fe, portándolo con orgullo y determinación.

Y flanqueándolo, van sus hijos. Nazarenos, que, desde pequeños, van pidiendo lo que más necesitamos: ¡salud para todos!

Porque cuando se alza un estandarte así, se lleva el alma de una familia entera y el de todas aquellas familias, que se aferran a la fe compartida en momentos de pena.

Amor a ese Cristo de la Salud, que cada año sale a la calle para recordarnos que la vida es frágil, pero la fe la sostiene.

Y al verlos a todos, comprendemos que hay familias que hacen de la Semana Santa un altar cotidiano. //

Hoy, ese estandarte lo lleva su hijo, mi hermano.

Padre también.

Marido agradecido.

Creyente que sabe que la salud es un bienpreciado... y la fe, el verdadero camino.

Y a su lado, // va mi hermana de mi alma, compañera de vida y de entrega, sosteniendo con silencio y fortaleza el peso de tantas responsabilidades, caminando junto a él con la misma fe que no se ve, pero que todo lo sostiene. Recorriendo un camino donde la luz se filtra entre los naranjos y el aire se impregna del perfume de azahar, donde nace una historia tejida de fe y de cariño.

El cariño de unos hortelanos que labran la tierra y cuidan los naranjales, fruto bendito de nuestros cultivos y seña de identidad de los palmeños. Hombres y mujeres que oran y trabajan, que entre surco y surco educan a sus hijos en la fe y en la devoción a sus venerados titulares, que aguardan y nos esperan en su capilla.

Luis Álvarez Duarte, en su juventud sevillana, talló a María Santísima de la Concepción.

En aquella primera imagen latía

la dulzura que más tarde iluminaría sus obras.

Bajo su amparo siempre hallé cobijo;
Inmaculado Corazón de María, colegio de mi infancia,
fuiste mi guía y luz que nunca se apaga.

En la capillita cerquita de casa.
Y en mi hermandad, el abrazo constante, que me recuerda que todo esfuerzo
ofrecido a Ella florece como el azahar en su saya,
como cada detalle que embellece su simpecado.

Abriendo ante sí el sendero del arte y la devoción, como hiciera el nieto de
José Santos, mis primos hoy recorren de nuevo ese camino con amor, llevando
a Gala, Antonio y Carmen junto al Cristo y a la Virgen de la Concepción. Y así,
paso a paso, florecen la fe y el cariño, llenando de luz cada corazón en su
camino.

Desde los Pagos de Huerta de Pedro Díaz y la Graja,
donde los naranjos brillan al sol,
los hortelanos cada año traen con devoción
a sus sagrados titulares:
el Cristo de la Salud,
y María Santísima de la Concepción.

Palma del Río, ¡despierta!
no te duermas en tu andar.
Que Cristo trae la Vida,
que Ntra. Madre nos guiará
Y el río Genil lo canta,
y los naranjos lo dan:
¡no hay sepulcro que detenga
lo que Dios quiere salvar!

Para los católicos, la veneración de las imágenes es una catequesis viva que
ayuda a comprender el Evangelio. Transmitir la fe no es tarea fácil, pero pocas
cosas son tan bellas como hacerlo a través del arte: la fe necesita apoyarse en
algo tangible, en un rostro que nos acerque al misterio.

Como conservadora de arte, sobre todo religioso, he comprobado junto a
Manolo, mi marido, la clara relación entre la imagen y la fe. Los artistas han
sabido anunciar el mensaje con recursos compositivos y simbólicos, pero,

sobre todo, desde la certeza de que su obra podía conducir a Dios. El arte, sea pintura, escultura, orfebrería o bordado — ha narrado plásticamente la Historia de la Salvación y sigue al servicio del pueblo, para hacerla comprensible.

Ahora, ¡Detengámonos un instante!

¡Cerramos los ojos y respiremos ese aire impregnado de azahar, de cera... y de incienso!

Todos... todos guardamos en lo más hondo del alma un recuerdo imborrable: la primera vez que contemplamos a Nuestro Padre Jesús Nazareno; con una saeta que rasga la madrugada; el silencio solemne que se convierte en oración al paso de Nuestra Señora de la Piedad.

Y es en ese estremecimiento...

¡en ese estremecimiento íntimo!

donde, sin que nos demos cuenta, comienza a abrirse camino la fe.

Pero miremos más allá de la emoción. Nuestras imágenes no están solo para conmovernos, sino para llevarnos al corazón del Evangelio. No son solo arte: son camino, lenguaje y luz. No están hechas solo de madera y policromía, sino de fe.

Ahora bien, la imagen no es el fin. La devoción no puede quedarse en un instante ni en la belleza exterior. Las imágenes no sustituyen a Dios: lo señalan. Son el dedo que apunta al cielo, no el cielo mismo.

A través de esos rostros, Dios nos mira; a través de esas manos, Dios nos toca. No adoramos la talla, sino a Cristo vivo y resucitado; veneramos a María por ser Madre del Salvador. Son medio, no meta. Si nuestras hermandades no conducen al encuentro con el Señor, perderán su sentido.

Y así lo vivimos en casa, cuando en uno de los momentos más difíciles de nuestras vidas, pedimos con fe al Señor de la Corona, a través de su imagen de veneración. Hoy, nuestro niño Carlos vive feliz junto a su hermano Andrés y Angelito, como reflejo del milagro que nos concedió.

Que nuestra Semana Santa sea más que emoción:

¡que nos toque el alma y nos lleve a la conversión!

(Saeta de Manuel Cribaño)

Llegó la Cena. Jesús toma el pan entre sus manos y pronuncia las palabras que marcarán para siempre la historia:

“Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros”.

El amor que se queda para siempre.

En aquel aposento nacen la Eucaristía, el sacerdocio y el Mandamiento Nuevo:

“Amaos unos a otros como yo os he amado”.

Cuando esa noche abraza el pueblo de Palma y el silencio se hace camino, la Hermandad del Santísimo Cristo de la Expiración se asoma a nuestras almas como un suspiro de fe que no se apaga.

Fundada en 1758, sembró en la tierra de nuestra historia la semilla de la devoción. Resurgió, como el amanecer tras la tormenta, recordándonos que la verdadera devoción nunca muere, solo espera.

Su andar es sobriedad, su palabra es oración. “Silencio, Orden y Devoción” son el latido mismo de cada penitente que avanza con paso firme por las calles acompañando a sus Sagrados Titulares como versos de un poema eterno: el Santísimo Cristo de la Expiración, que entrega la vida en su último aliento; María Santísima de los Dolores, Madre serena y herida; Santa María Magdalena, ejemplo de amor y arrepentimiento; y San Juan Evangelista, testigo fiel del Misterio. Cada uno, una palabra viva de la Pasión, un eco que nos toca el corazón. Aquellos antepasados cofrades forjaron la hermandad y nos ilustraron a tener fe desde la sencillez.

La Hermandad de la Expiración habla en susurros, en pasos que rompen el silencio, en miradas que nos enseñan que la fidelidad más honda se proclama en el alma y no en la voz. Y así, año tras año, nos recuerda que también en la penumbra brilla la luz más verdadera.

Y cuando la noche del Jueves Santo apaga las últimas luces del cenáculo, cuando el pan fue Cuerpo y el vino Sangre... comienza a escribirse en el crepúsculo, la página más dolorosa de la historia.

Porque el amor que se hizo servicio en la mesa se haría entrega total en la cruz al amanecer del Viernes Santo.

Pilato lo muestra destrozado por los golpes y proclama ante la multitud:

“¡Aquí tenéis al hombre!”

Pero Jesús se apiada incluso de quienes lo crucifican:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

En la cima del Gólgota, entre el cielo y la tierra, el Redentor pronuncia su sed de amor: "Tengo sed".

Y cuando llegó la Hora,
cuando el sacrificio quedó consumado,
pronunció la palabra definitiva:
«Todo está cumplido».
«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

La muerte recibió al Inocente,
y, sin embargo, en la altura de la cruz comenzó a germinar la Vida.
Cuando ya nadie pudo estrechar su mano, expiró en aparente soledad.

Y, sin embargo... no murió solo.

Porque existe una soledad que no es abandono.
Como existe una Presencia que jamás se retira, aunque todo parezca perdido.

También Cristo expiró sin que nadie pudiera tocar su mano.
Clavadas quedaron en la madera, abiertas para el mundo entero, pero sostenidas por el Padre.

En el Calvario, cuando tembló la tierra y el cielo se oscureció, clamó:
«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»,
Cristo abrazó todas las muertes en soledad,
todas las despedidas que quedaron rotas,
todas las manos que no alcanzaron a decir adiós. //

Hace ya un sexenio, una pandemia nos arrebató el rito, el abrazo, la caricia última. Nos dejó la herida abierta de las ausencias sin despedida.
Así partió mi tío Francisco, tan luchador...
Así partieron tantos y tantos, al igual que aquellos vecinos que encontraron la muerte en Adamuz, de manera fulminante, inesperada.

Hoy conservamos una fotografía, un recuerdo, un nombre que todavía duele al pronunciarlo.

Pero poseemos algo más fuerte que la ausencia: la fe.
La fe que nos enseña que la muerte no fue derrota, fue paso.
Paso a los brazos del Padre.
Paso al reencuentro sin ocaso.
Paso a la Luz que no se apaga.

Y por eso, cuando su nombre regresa a la memoria, no brota solo la lágrima.
Brotan también la esperanza.

Porque no murió en soledad.
Murió en la misma Presencia en la que murió Cristo.

Y aunque nadie pudo tocar su mano, fue tomada por la única Mano que salva.
¡Y eso... basta!

¡Porque en Semana Santa proclamamos, con fe y con certeza, que la muerte
no es el final, sino el umbral de la Vida eterna!

El cielo se oscurece, la tierra se estremece, y la cruz nos llama a contemplar su
grandeza.

Por las calles de Palma camina el silencio, y tras él, la Hermandad del Santo
Sepulcro se hace presencia. Nos guía desde San Francisco en esta vigilia.

El Santísimo Cristo Yacente reposa, sus brazos extendidos, su aliento
suspendido en el tiempo.

Detrás, Nuestra Señora de los Dolores, lleva en su corazón la pena que abraza
a todos los hombres.

Avanzan juntos, sombra y luz, en un susurro que atraviesa la noche,
en un paso que invita al recogimiento.

El silencio que espera
Tierra y cielo callan.

El cuerpo del Señor reposa en un sepulcro nuevo, como nos narra el
Evangelio. Todo parece detenido. Todo queda suspendido en la quietud de una
piedra sellada.

Así llegamos al Sábado Santo, día de calma y de espera. La Iglesia vela,
recoge el aliento y guarda silencio. Es el día de la esperanza contenida, el día
en que Dios parece callar para hablar con más fuerza en la aurora que está por
venir.

Y en este silencio profundo, Palma se estremece con la presencia de la
Soledad. Sale a la calle la Madre que lo ha perdido todo, la Madre que camina
sin su Hijo, envuelta en luto y en oración. Su paso lento es catequesis muda; su
rostro, espejo del dolor contenido; su caminar, consuelo para un pueblo que
aprende a esperar con Ella.

Soledad, que bajo tu manto acoges las lágrimas de un pueblo entero, la esperanza que, aun en la noche más oscura, anuncia que Dios no abandona.

Cuando aún era de madrugada, las mujeres llegaron al sepulcro y encontraron la piedra corrida. Allí escucharon el anuncio que cambió para siempre la historia del mundo.

El ángel del Señor descendió del cielo les y dijo:

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí: ha resucitado».

Hermanos, esta es la Buena Noticia que hoy proclamamos con gozo.

La noche se rinde ante la aurora, y la ciudad cambia entonces el luto por la gloria. Es la Hermandad del Resucitado la que anuncia alegre, que Cristo vive y camina entre su pueblo.

Las campanas rompen el silencio, las calles se llenan de luz, y el Resucitado sale de nuestro colegio Inmaculada Concepción, al encuentro de todos para proclamar que ha vencido a la muerte.

Porque con la primera luz del día, la esperanza se vuelve gozo, y Palma amanece distinta.

Las calles resplandecen con alegría; los sonos llenan el aire; los rostros de mayores y pequeños se iluminan.

Los colores de la Hermandad del Resucitado ondean orgullosos desde hace tres décadas: anunciando la pureza radiante, llenando la ciudad de fulgor, gloria y fervor.

Así culmina la Semana Mayor: con la verdad de que el Resucitado sigue iluminando los caminos de todos los creyentes, ayer y hoy.

Como proclama con sencillez y profundidad una antigua lápida en la ermita de Nuestra Señora de Villadiego, haciendo suya la fe de la Iglesia de todos los tiempos:

«Creo que mi Redentor vive y que en el último día he de resucitar».

Esa es nuestra fe.

Esa es nuestra esperanza.

En este Domingo de Resurrección debemos compartir con más ímpetu que nunca la alegría del Resucitado y transmitir a las nuevas generaciones el testimonio de vida y fe que nos ilumina cada año.

CIERRE

Por ello, permítanme cerrar este pregón dirigiéndome a mis sobrinos; Manuel, Ángela, Carmen y Araceli, ¡que son mi vida y causa de nuestra alegría! ¡Incluyo también a los de mis primos, porque todos son cofrades! A nuestro Ángel recién bautizado y a todos los niños que empiezan a vivir la Semana Santa con respeto, generosidad e ilusión.

¡Que nunca olvidéis el don que tenemos de poder sentirla en familia, en nuestra tierra, con el corazón lleno de amor!

Ya llega la Semana Santa, y las calles despiertan: se llenan de vida, de incienso y de emoción.

Salimos a encontrarnos con las imágenes, a dejarnos llevar por la exaltación, por las vivencias, por la verdad que late en cada procesión.

Pero por encima de todo, lo primero y lo último... está la FE.

La ciudad, nuestra cultura, nuestro valor religioso... todo se sostiene en ella.

No concebimos la Semana Santa sin tradiciones ni Hermandades, pero también debemos vivir los oficios, momentos de oración y reflexión, que nos preparan para la luz de la Pascua; porque la fe se siente en el silencio de cada celebración.

Tampoco la concebimos sin los familiares, que nos enseñaron a vivirla con amor y respeto, aquellos que, con su ejemplo, hicieron de la devoción un legado que palpita en cada uno de nosotros. Mención especial merecen, quienes fueron el cimiento de mi vida: mis abuelos, del esfuerzo silencioso y de una fe sencilla y enorme.

Y desde la esperanza que nos sostiene, sé que cuando me llegue la hora, volveré a verlos y a sentir, una vez más, el abrazo que nunca dejó de acompañarme.

Hoy, como pregonera y testigo, proclamo con todo mi corazón el fundamento de nuestra fe cristiana:

Cristo muerto y Resucitado por amor.

Que esta fe nos acompañe siempre para vivir cada día con alegría y entrega, sobre todo, ayudando a quienes más lo necesitan.

¡Que el eco de este pregón alcance cada rincón de Palma del Río, recordándonos que la Resurrección es ese paso hacia el amor!

Y en ese caminar hacia la esperanza, miremos a María,
porque es Belén, donde Dios se hace Hombre;
es Casa del Pan, donde el alma halla descanso;

Desde mi infancia he sentido siempre la presencia protectora de nuestra patrona. A Ella he acudido con la seguridad de quien sabe que no está solo, confiándole mis temores y también mis alegrías. En los momentos más difíciles, siempre escuchó mis súplicas.

Trono de gracia, por la que los reyes reinan.

A Ella, encomendamos nuestros pasos,
para que nos guíe siempre hasta su Hijo.

Y que cuando se apaguen las luces, cuando el incienso se disipe y el silencio vuelva a nuestras calles, permanezca encendida en nosotros la llama de la ESPERANZA, para seguir anunciando, con la vida, que ¡Cristo vive!

Así, desde lo más hondo de mi corazón...
queda pregonada nuestra Semana Mayor.

HE DICHO.